

impresionar la retina del que nos sueña./ Perverso e inocente transcurrir de este sueño imperfecto/ que se corta por la parte más débil del hilo”.

Se notará la facilidad con que el autor pasa de estas imágenes onírico-fisiológicas al tono de sabiduría remota y ascética que es su reverso, como en este poema ya cercano al fin del libro: “Llego al convencimiento/ de mi total nulidad./ Reclamo mi derecho a la cruz,/ único asidero”. Con este vigoroso libro, Manuel Silva Acevedo se convierte en una de las voces más versátiles y definidas, más maduras y promisorias de su generación, dentro del panorama siempre pródigo en sorpresas de la poesía chilena actual.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At458-20CDAC10020>

EL CALLEJON DE LOS MILAGROS

De *Naguib Mahfouz*

Alcor, Barcelona, 1988. 300 pp.

Naguib Mahfouz, el escritor egipcio que obtuviera el Premio Nobel de Literatura en 1988, es un maestro del detalle, un artífice de la vida cotidiana capaz de enriquecer con una pincelada un acontecimiento oscuro o menor. “He nacido —dijo una vez— en los viejos barrios de El Cairo y los amo. Pienso que en la base de la escritura hay una especie de amor, por un lugar, por una gente, por un ideal. Estos barrios viejos lo son todo para mí, como una esposa única”.

El callejón de los milagros reconstruye la vida de uno de esos barrios que él ama, y establece su mundo desde las primeras líneas de la historia, sin usar otra cosa que la sordina, aceptando que el semitono puede dominar en la atmósfera: “Muchos son los detalles que lo proclaman: el callejón de Midaq fue una de las joyas de otros tiempos y actualmente es una de las rutilantes estrellas de la historia de El Cairo. ¿A qué El Cairo me refiero? ¿Al de los fatimíes, al de los mamelucos o al de los sultanes? La respuesta sólo la saben Dios y los arqueólogos. A nosotros nos basta con constatar que el callejón es una preciosa reliquia del pasado.

Hay un sorprendente rigor chejoviano en cada personaje. Todos se mezclan, día a día, y sus vidas fluyen entrecruzándose. La gente desea cosas simples: fumar hachís, ganar dinero, comer, hacer el amor, componer historias, enterarse de los chismes, oír trozos del Corán y cuidarse de que la vida les permita un respiro más, días y días, los cuales, pese a carecer de relieve notorio, les permita ser, sin mayor afán. La conversación cotidiana se vuelve un prodigio de sutileza, y abundan el humor, la complacencia, el ridículo, la humillación, la fe, la nostalgia o la tradición, encapsulados en el núcleo de una observación humorística o en el detalle que desemboca en la tragedia.

No hay aquí lo que Pío Baroja, con quien Mahfouz tiene parentesco literario, llamó “saltos al porvenir”. Todo es presente y éste sólo se limita a transcurrir, sin inferir que el ayer lo resquebraja o alaba. Lo que pasa en el interior de cada hombre o de cada mujer se acepta como parte de la lógica del desarrollo de la historia, yendo de situación en

situación. Uno ve calentar el horno, tomar el café, oye cuanto pasa y se entera aun de las confidencias sin extrañarse por nada de lo que ocurre. Si el narrador requiere, por interés de la trama, detener lo que pasa, porque alguien tiene sed o quiere enrolarse en el ejército, o casarse, no vamos en procura de aceptar la atenuación ni de ver cómo se amplifica la anécdota con fines especulativos.

La tradición se va repitiendo, en los detalles o en el vigor de la composición. Al atardecer se pueden oír las voces, en un "¡buenas noches a todos!", o en un "pasa, es la hora de la tertulia", y de modo indirecto se caracteriza a alguien en un "¡despierta, tío Kamil!, y cierra la tienda", o en el mandato: "¡cambia el agua del narguile, Sanker!", o "¡apaga el horno, Jaada!" y si el asunto es mayor, es posible que sepamos entenderlo así, sin esquivar el motivo: "este hachís me duele en el pecho", o "cinco años de apagones y bombardeos es el precio que hemos de pagar por nuestros pecados".

Los hombres del callejón son inolvidables. El falso dentista, "debe su título a la buena voluntad de sus pacientes"; la casamentera Umm Hammida y la viuda Afify, que ha juntado dinero para ver si se casa con la persona adecuada, una que no malgaste sus ahorros. Y el tal Zaita, un "hacedor" de mendigos, que se dedica a crear, con ayuda de utensilios de maquillaje, "la lesión más adecuada a cada personaje. Los clientes entraban en su cuarto en perfecto estado y salían de él ciegos, jorobados, mancos o con una pierna amputada".

Entre los héroes inolvidables, como lo han sido Goriot, la señora Bovary, Aliosha o la dama del perrito, se halla el jeque Darwish, un hombre sabio, religioso, puro, que sirve de oráculo del barrio y, al mismo tiempo, evita que se disperse la moral. Las madres, las esposas, los tristes y los afligidos acuden a él, que ha sobrevivido, como Job, a la desdicha global, y sin embargo es un modelo de fe, de esperanza y de una enorme caridad activa.

La gracia recae en su modo de ser, en el tic anecdótico, en la repetición de una fórmula dedicada a la admonición o al consejo: "se ha ido el poeta y la radio ha venido. De este modo trata Dios a sus criaturas. Ya se habló de ello, tiempo ha, en la historia que en inglés se llama *History* y se deletrea H-I-S-T-O-R-Y". O, si se requiere de un consejo a un enamorado que quiere juntar dinero con el fin de complacer a su novia casquivana, el jeque Darwish le recomienda enrolarse con una finalidad y un posible resultado. Le lee un trozo del Corán y agrega dulcemente: "A partir de ahora eres soldado voluntario de las fuerzas armadas británicas. Si demuestras que eres valiente, es posible que el rey de Inglaterra te dé un pequeño reino y te nombre vicerrey. Que en inglés se dice *viceroy* y se escribe V-I-C-E-R-O-Y".

El callejón de los milagros es una hermosa novela, y vale por todo. Ya se trate del desear saber qué ocurre o qué pasa con tal y tal personaje, o metiéndose uno a redentor cuando alguien se sincera con otro, fracasa o le va bien; o sintiendo que no hay un peso incómodo en cada página, ni nadie se dedica a componer discursos sólidos, en beneficio de la cultura. No hay estridencias ni se hurga en los propósitos. Cada cual vive como puede y se lamenta o se congracia por cuanto la vida ha podido ofrecerle o él ha logrado sacarle.

La tela es muy amplia y ni goza de las inseguridades que le otorga una araña tejedora ni remata en una tan basta que requiera de un constante tendido. Porque Mahfouz no busca la invención de un orden, el plan de una transformación de la vida. Lo controla todo admirablemente, y cuando alguien se proyecta como una catapulta, lo detiene sin brusquedad para colocarlo en su sitio, dejando aun que el robo, el crimen, o cualquier delito se aminoren en la falta de prédica, en la contención en cuanto a proponer una sanción o un encuentro con la moralidad.

Aquí, en cada página y en cada capítulo, las cosas son como son y no hay vuelta que darle. El lector no se siente más allá de eso, y lee con emoción y ternura, apelando a la comprensión de un saber que nada tiene de arqueológico. Hoy es como ayer, allá puede ser aquí; lo que pasó ha de volver a pasar, y los hombres viven, sufren, mueren y lo lamentan hartos o se detienen con el fin de tratar de obtener alguna explicación que no habrá de modificar nada; pero es eso lo que les permite vivir en el punto de la ternura, amando y odiando, sin remilgos, sin grandilocuencias que pudieran afectar el sentido del relato mismo.

Nadie puede excusarse con "y a mí ¿qué me dice todo esto que ocurre?". Porque se trata de un tipo de novela que emplea a fondo un resorte básico, el cual permite que las cosas duren: la muy simple alegría de contar una historia, y de contarla bien para que no haya cabos sueltos, y si llegara a haberlos, éstos puedan ser atados por la gracia, la luminosidad, el interés o la pasión en medio de una vida como la de cada uno de nosotros. Ni mejor ni peor...

ALFONSO CALDERON
"La Epoca"

MUERTE DEL DIA EN LA CAPADOCIA

De *Angel Custodio González*

Editorial Andrés Bello, 1988.

Esta novela obtuvo el Premio María Luisa Bombal, de la Municipalidad de Viña del Mar. Para localizar la situación y ambiente de los acontecimientos se debe recordar que Capadocia es un nombre de origen griego. Es vecina de Armenia.

El autor, profesor universitario, dice con ironía: "Figuro entre los ciento quince poetas del país, aparezco en unas tres o cuatro antologías, varios de mis alumnos hasta han logrado el triunfo increíble de ver publicadas sus creaciones".

Es un escritor que emplea muy bien el castellano. Uno de sus personajes nos dice estar asido "del cabo de algún sueño encantador y jovial, pues sonreía y despertaba como recordando". Otra voz narrativa: "Tu boca decía, estólidamente, algo muy distinto de lo que expresaban tu deseo y tus ojos". Con maestría se plantea la relación y contraste que existen entre la realidad y la apariencia. Ciertos rasgos del paisaje aparecen con suavidad: